

que vió abiertos cinco salones de espectáculos: el Teatro Nacional con la compañía González; el de Iturbide con Soledad Amat, Sofía Calderón, Josefa García, Matilde Montañés y García, Sara Canales, Angel Padilla, Martínez, Ríos y otros; el Principal con Amalia Gómez, Cristina Corro, Pilar Pautret, Josefa Pérez, José Poyo, Joaquín Ruiz, Manuel Arce, José Villanueva, y otros actores de zarzuela ó verso; el de Hidalgo con Cristina Dalmau, Pozo, Garibay y Zamora; y el Circo de Chiarini con Amalia Pinzutti, la niña Rosaura, Elisa Bell, María Rosalía, Camilo Rodríguez, los hermanos Buyslai, Pineda, Montañó y James Bell.

La literatura tuvo en ese tiempo una muy sensible pérdida con el fallecimiento de Esteban González Verástegui, ocurrido en Toluca el 25 de Marzo. González Verástegui, joven y patriota, fué hecho prisionero por los franceses en la heroica Puebla, y por ellos llevado á Francia, por no haber querido jurar neutralidad; cuando al cabo de cierto tiempo se le dejó allí en libertad, pero en abandono y sin recursos, Esteban, que tenía mucho de artista se mantuvo como dibujante en la conocidísima casa de Goupil: con el producto de sus ahorros pasó después á España y vivió unos meses en Granada, que cantó en preciosos versos, y, al cesar la intervención, regresó á su patria y figuró en distinguido puesto entre sus escritores. "La muerte, dice Altamirano, segó en flor esa vida tan útil, tan fecunda, tan juvenil, tan rica en esperanzas como en virtudes, porque Esteban no sólo tenía gran talento, sino que era rigorista en sus virtudes. La patria perdió un bravo defensor que honró las banderas republicanas, la literatura perdió una de sus más bellas esperanzas," y cuantos le conocimos y tratamos con intimidad, un verdadero hermano.

CAPITULO IX

1870.

Al acercarse la época de la nueva temporada cómica de 1870, en el Teatro Nacional, Eduardo González hizo circular la siguiente lista de sus actores: *Primera actriz*, Pilar Belaval; *Damas jóvenes*, María de Jesús Servín y Concepción Méndez; *Segunda actriz*, Remedios Amador; *Actriz cómica*, María Mayora de González; *Característica*, Rosario Muñoz; *Actriz*, Josefa Ramírez; *Director general y primer actor*, Eduardo González; *Otro primer actor*, Juan de Mata Ibarzábal: *Pri-*

mer actor cómico, Antonio Muñoz Esteve; *Primer actor joven*, Enrique Guasp de Peris; *Actores de carácter*, Bernardino Rodríguez, Carlos Nieto, José María Ríos; *Papeles geniales*, Juan Martínez; *Actores*, Jesús Morales, Amado Méndez, Feliciano Ortega, José M. Serrallonga, Florentino Cázares. — Los precios por abono de seis funciones, fueron; en palcos, *veintiún pesos*; en lunetas, *dos pesos cinco reales*.

El domingo 17 de Abril esa Compañía dió su primera función de abono con el drama *El Duque Gontrán*, arreglado á nuestro teatro por el Barón Gustavo G. Gostkowski, que tomó su argumento de la novela de Octavio Feuillet, "Monsieur de Camors." El Dr. Peredo tradujo al castellano el drama escrito en francés por el Barón. El éxito fué de lo más lisonjero que pueda darse. No lo tuvo menos bueno en la noche del domingo siguiente, 24, la comedia en dos actos y en verso, original de Emilio Rey, con el título de *Algebra del corazón*, aplaudida con el entusiasmo con que, á su vez, lo fué en la función del martes siguiente, *El Mulato*, drama de Alfredo Torroella, que en tres actos muy bien manejados, pintó con negras tintas escenas de esclavitud en la Isla de Cuba. Torroella mereció y le fué otorgada una entusiasta ovación del público mexicano, que lo apreció mucho y bien, como hombre caballeroso y como inspiradísimo poeta.

Saltando de una á otra notable función, pues las comunes y ordinarias no podrían ser aquí citadas sin hacer interminables estos capítulos, debo señalar, y con gusto señalo entre aquéllas, la del jueves 26 de Mayo, en que se puso en escena la muy repetida y siempre aplaudida obra de Tamayo, *Bienaventurados los que lloran*, para primera presentación del primer actor joven de la Compañía González, Enrique Guasp de Peris. Hombre de fina educación, de elegantes maneras, de muy buena figura, y actor concienzudo é inspirado, gustó mucho en el primer acto, y en el segundo, tercero y cuarto se hizo aplaudir con frenético entusiasmo altamente merecido, pues en verdad el papel de *Fernando* pocas veces podrá verse mejor interpretado que lo fué por Enrique Guasp, que podía enorgullecerse de haber hecho de él una creación perfecta: dicho papel se conoció en México desempeñado por Manuel Osorio, que lo hacía muy bien, pero Guasp le fué muy superior en muchos momentos, aun en los más escabrosos y difíciles. Esa justicia merece el artista que en todo el vigor de su talento se vió años más tarde obligado, por una irreparable desgracia, á dejar la escena, y el bueno y constante amigo de los literatos mexicanos.

Por cierto que con ellos y por esos mismos días de 1870, tuvieron muy lamentables diferencias los muy apreciables artistas Pilar Belaval y Antonio Muñoz, tachados, parece que con poco fundamento, de no querer tomar parte en obras escritas en México. Julián Montiel y el Maestro Altamirano tuvieron con ambos una entrevista y reci-

bieron el encargo de dar en su nombre amplísima satisfacción á los irritados vates. Este pequeñísimo asunto no concluyó allí, pues algún tiempo después vinieron los periódicos de la Habana deshaciéndose en elogios de la Belaval y de Muñoz, y casi insultando á Eduardo González, so pretexto de que las resistencias de aquéllos habían sido originadas por su repugnancia á trabajar en obras que, como *El Mulato* de Torroella, les pareció depresiva para España, como escrita por un cubano emigrado.

En la noche del domingo 12 de Junio, Eduardo González puso en escena el *Drama Nuevo*, de Tamayo, desempeñando él por primera vez el papel de *Yorik*; salió bien de la prueba ante un público que conservaba vivos aún los recuerdos de Osorio y de Valero, en la interpretación de tan difícilísimo carácter: bien es verdad que ayudáronle grandemente en el conjunto la Belaval en *Alicia* y Guasp en *Edmundo*. En el siguiente mes de Julio la Compañía dió mucho que hablar á los periódicos y al público con la representación de una comedia, que con el título de *La Carmañola*, escribió en Madrid D. Ramón Nocedal, quien se propuso en ella presentar al liberalismo como fuente de todas las maldades. Allá produjo un escándalo, y aquí fué muy celebrada por los escritores del partido conservador que redactaban *La Voz de México*, creada, como ya dije, para oponerse, como órgano de la "Sociedad Católica," á las exageraciones del grupo de libre-pensadores que sin necesidad alguna había comenzado á herir duramente las preocupaciones y las ideas religiosas de la generalidad, sin más resultado práctico que alarmar á los conservadores y darles pretexto para reorganizarse en partido activo: para desgracia suya pronto los conservadores se dividieron y enemistaron, y á las exageraciones declamatorias de *La Voz*, opuso razonada controversia un grupo de distinguidísimos escritores de su misma comunión, que redactaron con grande mesura y notable talento *La Revista Universal*. Este grupo, sin dejar de ser conservador y católico, parecía aceptar los hechos consumados, reconocía imposible el ideal monárquico, aceptaba la República, y conociendo la inutilidad de pretender retrogradar en el camino de ciertas necesarias reformas, invitaba á sus adeptos á entrar en lucha con los liberales en el mismo campo de éstos, y acogiéndose á la protección de sus leyes en lo que tuvieran de tolerantes. Los aplausos de *La Voz* á la susodicha *Carmañola*, ningún daño produjeron al partido liberal, pues hija la obra de un adepto á la facción carlista española, estaba plagada de tan groseras y burdas exageraciones, que en vez de sátira tocaba en caricatura, y no sólo no convencía, sino que resultaba contraproducente y aun odioso libelo.

Para ver de buscarse público, que retirándose venía de los teatros por el mal cariz que iba tomando la cosa pública, á causa de las pro-

fundas divisiones de los liberales en juaristas, porfiristas y lerdistas, con motivo de la próxima elección presidencial, Eduardo González procuró explotar esos conflictos de conciencia y reñidas controversias religiosas, y así como había ofrecido á los conservadores *La Carmañola*, brindó á los liberales con la *Serafina*, comedia de Victoriano Sardou, traducida al castellano por el Dr. Peredo. *Serafina* es la hipocresía puesta en la picota, el *Tartuffe* vestido á la moderna, la condenación de los que, bajo una capa religiosa y mística, ocultan desatentadas ambición y perversidad: estrenó D. Juan de Mata Ibarzábal esa obra en su beneficio, y no sólo los periódicos católicos hicieron gran propaganda para conseguir que el teatro estuviese casi vacío, sino que atacaron sin piedad alguna al viejo artista por haberla elegido para su función de gracia. En cambio los liberales encontraron deliciosa la sangrienta sátira de Sardou y la aplaudieron con frenesí. En el beneficio de Rosario Muñoz el 28 de Agosto, se estrenó la comedia en cinco actos *Los escépticos*, de Feliciano Mallefille, traducida por Maximiliano Baz. En México fué muy mal comprendido este drama, que en París alcanzó un gran número de representaciones y la valiosa aprobación de crítico tan experimentado como Julio Janin.

Por la situación política que, vuelvo á decir, era mala; por la pobreza general, pues el erario andaba escaso y los empleados estaban mal pagados; por las torpezas de González, que con una obra de Torroella se había enajenado las simpatías de los españoles, y con *La Carmañola* y *Serafina*, las de liberales y conservadores, el Teatro Nacional cayó en tan suma postración, que su director, para comer y dar de comer á sus actores, hubo de recurrir á una invención tristísima para el arte, pero que á él le servía de inmediato alivio. Puso en escena la comedia de magia *La almoneda del Diablo*, y en el cuadro de la *ciudad de Jauja*, hizo colgar de los pintados árboles, chorizos, longanizas, jamones, quesos, latas de sardinas y otros comestibles, que á su debido tiempo eran rifados entre los espectadores.

"¿Habíais imaginado siquiera —exclama Altamirano en *El Siglo*, —que en el Teatro Nacional pudiera alguna vez presentarse esta escena de *tocmería*? Pues ya lo estáis viendo, y á fe que así debería acabarse, cuando se ha comenzado con el *Can-cán* de la Torreblanca. Parece que esta tarde van á rifarse tortas compuestas; nada tendrá ya que envidiar el teatro en que han cantado la Sontag y Salvi, Marini y la Peralta, y en que han representado Valero y Matilde Díez, á la *Retama*, al teatro *del Pambazo* y al callejón de *los Agachados*. Y, sin embargo, el público acude en masa; no hay duda de que el gusto del público mexicano se refina cada día más."

A pesar de todo, la Compañía González no pudo sostenerse por más tiempo en el Gran Teatro, y el domingo 4 de Setiembre dió su

última función con la comedia *La última moda*, el brindis de *Galatea* por Amalia Gómez, unos versos de despedida leídos por González y la pieza *Me conviene esta mujer*.

El lunes siguiente salió para Morelia, quedándose en México la Servín, la Méndez y Enrique Guasp, quien en las distintas obras en que había tomado parte, había seguido conquistando el aprecio y el aplauso público. En esa temporada, del Domingo de Pascua en adelante, González, aparte de las funciones extraordinarias, había dado siete abonos de á seis.

Debo citar, como de esos días, la presentación en el Nacional del notable flautista italiano Sr. Miari, que causó gran alboroto en diversas piezas, y sobre todo, en sus variaciones de *El Carnaval de Venecia*; era Miari un músico distinguido y modesto, que ejecutaba con mucho aplomo y habilidad; á México trajo buena fama conquistada en Río Janeiro, Lima, Buenos Aires, Santa Fe de Bogotá y la Habana; también tocaba el piano, y en Cuba había sido conocido como buen profesor de canto y director de orquesta. En 31 de Agosto, y ante una muy buena concurrencia, los alumnos del Conservatorio de Música cantaron muy regularmente *Sonámbula*, á beneficio del adelantado plantel, que les daba instrucción en el divino arte.

Desocupado por Eduardo González el Gran Teatro Nacional, pasó á él una compañía formada por Amalia Gómez, quien hasta allí había venido siendo la estrella de la lírico-dramática, que, al final del capítulo precedente, dije que trabajaba en el Teatro Principal antes de la Pascua, y continuó ocupándole después de ella. Amalia Gómez quiso ser empresaria; no le faltó quien le ofreciese para ello algunos recursos pecuniarios, y ella se encargó de formar su Compañía, reclutando sus artistas, no entre los ya conocidos y gastados, viejos en mañas y difíciles para dejarse dirigir, sino entre jóvenes aficionados, nuevos y sin pretensiones; sólo exceptuó, entre alguno otro, á Enrique Guasp, que no era viejo en el teatro, que sólo había trabajado unos cuantos meses con González, que estaba bien querido y que con gusto se ofreció á llevar en la dirección aquella parte que nunca es posible que corra al solo cargo de una mujer, por muy varonil que se crea.

Como para adelantar en mi trabajo, que no pretendo hacer pasar de simple reseña histórica, necesito describir á grandes rasgos, sumo detalles y desde luego digo que la nueva Compañía de Amalia Gómez, dió sus primeras funciones en el Nacional, el domingo 25 y el jueves 29 de Setiembre con el más lisonjero resultado. El público se dejó llevar por la curiosidad de conocer á las nuevas actrices y á los noveles actores, de nombres enteramente ignorados pero todos jóvenes y mexicanos.

Desde la primera noche alcanzó todo el aprecio y la simpatía de los

concurrentes, una antigua alumna del Conservatorio, en que se distinguió por su aplicación y aprovechamiento, de edad de 16 á 17 años, de fisonomía inteligente y simpática, de agraciado semblante y de esbelto cuerpo; su voz, fresca y sonora en el recitado, era dulce y bien timbrada en el canto; vivaz, despejada y natural en sus movimientos y ademanes, espontánea en las manifestaciones picarescas é irónicas, sin pecar ni de exagerada, ni de encogida; á nadie fué difícil adivinar en la novel principianta, á una verdadera actriz cómica de porvenir.

“Se presentó, dice en *El Siglo* Altamirano, haciendo el papel de *Julia* en la bonita zarzuela en un acto *La Epístola de San Pablo*, papel en que mostró sus buenas facultades, pues abunda en transiciones difíciles y detalles delicados, de que supo salir airosa la *debutante*, recibiendo merecidos y entusiastas aplausos del público, que la llamó á la escena para prodigarle las manifestaciones de su simpatía.” En verdad, pocas veces se habrá visto, ni se verá, un estreno de actriz tan seguro y afortunado como el de la que tratamos, que fué Matilde Navarro. En *La Isla de San Baladrán*, en que desempeñó el papel de *el General*, afirmó la conquista que acababa de hacer en *La Epístola de San Pablo*. Si no hubiese sido mexicana y residente en la Capital, donde muchos podían conocerla, nadie hubiese creído que en esa citada noche, había pisado por primera vez el foro de un teatro público.

“La segunda de las *debutantes*, habla el eminente cronista del *Siglo*, fué Rosa Flores; de la misma edad que la Navarro, y como ella, nueva en las tablas; su figura era hermosa, negros sus ojos, espresivos y dulces; rostro de gracioso óvalo, cabellos magníficos, lindas manos y esbelto y airoso talle. Se presentó haciendo el papel de *Amparo*, la *Pitomsa de Leganés* que á fuerza de leer novelas y poesías sentimentales ha perdido el seso como Don Quijote. Rosa Flores desempeñó el tipo airosamente, dijo á la perfección los versos del final, que son una parodia de los versos de tragedia, y su feliz interpretación del sentimentalismo, hizo comprender su aptitud para los papeles dramáticos, y le valió generales y nutridos aplausos. Sus modales fueron sumamente distinguidos, lo que después de todo no era de extrañarse, porque tanto Rosa como su hermana Piedad, otra *debutante*, eran hijas de excelente familia. Su padre, D. Sabino Flores, abogado distinguido, después de haber desempeñado buenos puestos en la administración de Comonfort, murió joven y pobre, y sus hijas hubieron de abrazar la terrible, áspera y peligrosa carrera del Teatro, seducidas por el ofrecimiento de gloria que les hicieron cuantos las habían visto trabajar como aficionadas, y esperando poder sostenerse honradamente.”

Innecesario parece decir cuánto agradecerían las *desnudeces* de la *Isla*

de *San Balandrán*, desempeñada por aquel grupo de actrices enteramente nuevas, y aun no inficionadas con los vicios inherentes, por desgracia, á esa carrera, y de los que tan pocos artistas pueden salvarse. Piedad Flores, bella y bien formada; la Ramírez, casi una niña, muy guapa y expedita; la Salgado, alegre, risueña y rebosando vivacidad; Rosa Flores y Matilde Navarro, presentaron fresco y simpático conjunto en los vistosos trajes de *Dahalia*, *Acacia*, *Camelia*, *Lila* y el *General*. Desempeñó Amalia Gómez el papel de la *Reina Magnolia XV*, satisfecha del aprecio con que el público recibía aquel ramillete de muchachas guapas y apreciables actrices, por ella sacadas á las tablas. En *La Epístola de San Pablo* y en *La Isla de San Balandrán*, se presentó también por primera vez, y como galán joven, el Sr. Sierra, que trabajó muy acertada y discretamente. Enrique Guasp dirigía la escena en la parte dramática, el apreciable y ya conocido actor, Manuel Serrano, le secundaba, y el maestro Freire y Góngora, tuvo á su cargo la orquesta. Los coros estuvieron también compuestos de gente joven y nueva.

El éxito de la Compañía de la Gómez perjudicó en un principio á los demás teatros, de los cuales voy á dar sucinta razón: en el Principal no se hizo sentir gran cosa la separación de aquella actriz, y la Corro, y los Areu, y Poyo y Ruiz entretenían buenamente á su público con las obras más aplaudidas de su extenso repertorio y con sainetes como *Los dos ciegos*, y el ranga *El cucuyé* y la jota del *Ta y el Té*, repetidos millares de veces, y no digo hasta el fastidio, porque nunca el público daba muestra de sentirlo: además, la función costaba barato, simples *cuatro reales*, precio que por primera vez y en ese teatro empezó á usarse en aquellos días.

Los Dioses del Olimpo, *La Colegiala*, *Entre mi mujer y el negro*, *El Juicio Final*, *Catalina*, *El Diablo en el poder*, *Un pleito*, *Casado y soltero*, *La trompa de Eustaquio*, *Un tesoro escondido*, *El Valle de Andorra*, *Los Diamantes de la Corona*, *El secreto de una dama*, *El relámpago*, *La Conquista de Madrid*, *Campanone*, *Los novios de Teruel*, *Frasquito* y otras, formaban su repertorio, y en combinación con ella, trabajó en diversas funciones el prestidigitador mexicano José María Bonilla.

El modesto teatro de Hidalgo, por el aun más módico precio de *dos reales*, congregaba los martes y los domingos á los vecinos de Corchero, San Jerónimo, Aduana Vieja y Mouzón, para hacerles oír las piezas morales y dulcecitas de Larra y de Eguilaz, ó los más patibularios dramas, que conmovían hasta sus raíces aquella vetusta armazón de vigas y tablas viejas. Josefa García, Matilde y Cristina Dalmau, Rodríguez, Gambino, Ríos, Arteaga y algunos más llevaban el peso del trabajo de *La loca de Nápoles*, *Borrascas del corazón*, *Flores y Perlas*, *Laura ó la Hija plagiada*, *et sic de ceteris*; de vez en cuando la Empresa se extendía á dar zarzuelas como *Por seguir á una*

mujer, y tal cual otra de las pocas que estaban á sus alcances humildísimos; en ellas y con el mismo desplante que en *Flor de un día*, *El tanto por ciento* y las ya nombradas, hacía las delicias de los gacetilleros Matilde Montañés y García.

El Teatro de Iturbide apenas en las tardes de días festivos daba señales de vida, franqueando su escenario á culebrones dramáticos y trágicos de todas las épocas y nacionalidades: *La Gracia de Dios* y *Larga Espada ó El Hijo de la Tempestad*, salteados con *La Noche más venturosa*, eran lo menos malo que allí estaba en juego: en los meses de Noviembre y siguientes dió en Iturbide diversas funciones el prestidigitador Profesor Morey, que concluía sus suertes haciendo una rifa de "objetos de plata labrada, géneros, ferretería, cristalería, abarrotes, mercería, porcelana y loza."

Verdaderamente, todo esto era casi lo mismo que no tener teatro, y con razón Luis G. Ortiz exclamaba en una de sus "Revistas" publicadas en *El Monitor*: "Si en Europa se contase que en una ciudad con todos nuestros humos de riqueza y civilización, compuesta de más de doscientas mil almas, no podemos sostener un teatro digno de ella, confirmarían y con justicia la opinión que tienen formada de nuestra educación y nuestros adelantos. Y no se alegue como eternamente lo oímos, el malestar y la miseria; porque si esta es una verdad respecto de una parte de nuestra sociedad, no lo es de toda, siendo considerable el número de personas que gozan de buenas rentas ó sueldos que pueden permitirles muy cómodamente el gasto, demasiado cómodo sin duda, fijado de algún tiempo á esta parte por los empresarios ó compañías dramáticas. No es un mal menos lamentable el monopolio establecido por los propietarios de teatros y sus dependencias, que hace que los pobres actores trabajen, casi casi sin fruto y sólo para aumentar el capital de ciertos individuos. Esto tiene un remedio fácil, pero que no esperamos ver aplicado jamás: ¿qué es para un gobierno el gasto de construcción de un teatro ó la adquisición del que hoy tenemos? ¿le sería imposible una pequeña subvención? De esta manera concluiría el abuso de los propietarios de los teatros, y nuestra Capital no pasaría por la vergüenza de verse privada de lo que no falta en cualquiera de las ciudades de cuarto ó quinto orden del extranjero. Pero esto no pasa de ser una buena ilusión que nosotros nos formamos, y que nunca veremos realizada.

"Muchos años pasarán sin duda, para que entre nosotros pueda decirse que existe un teatro nacional; menos aún, artistas mexicanos. Los ensayos dramáticos de nuestros literatos y poetas han sido, por desgracia, débiles, casi nada, si se les juzga con el criterio rígido, justo y tranquilo del crítico, y tal vez demasiado si se atiende á la edad de nuestro país, á su primera educación y al cúmulo inmenso